

# La lectura o los caminos de la comprensión y el poder<sup>1</sup>

Héctor Guillermo Alfaro López\*

Cuando abrimos un libro para leerlo pareciera que entramos en un territorio mágico, donde conforme nos adentramos más en él nos cautiva, incluso en casos no tan excepcionales acaba por obnubilarnos, para hacernos cautivos de él. Lo que resulta en que el mundo circundante, que está más allá de las páginas que lee el lector, desaparezca. Esa realidad que está fuera pierde consistencia, se torna ajena y distante. En el momento de la lectura parece que lo único real es el solitario lector recorriendo los senderos que marcan las líneas del texto y que conducen a los espacios de la imaginación, la abstracción y el conocimiento, según sea el tipo de contenido del texto que se está leyendo: narrativo o expositivo. Así, una vez que el lector ha sido cercado y aislado por el libro respecto al mundo real, se da como un hecho consciente el inicio de la *comprensión*.



<sup>1</sup> La lectura es un fenómeno o, mejor aún (sin el lastre de la densidad terminológica de la filosofía) una práctica que se manifiesta de manera múltiple. Preclaro ejemplo de la unitas multiplex que preconiza Edgar Morin. Por lo que para lograr una más completa comprensión del despliegue de tal práctica es pertinente estudiarla metodológicamente en el movimiento que va de su manifestación múltiple y particular a su expresión genérica y viceversa. Puede decirse que en el momento en que se manifiesta de manera concreta y específica tiene un aspecto identificable e inconfundible. Pero esa especificidad y diferencia adquiere su plena significación cuando se recorta en relieve en relación con aquello que muestra la unidad de sus múltiples manifestaciones. Cuando nos abocamos a un aspecto específico de la lectura debemos enmarcarlo para una más completa legibilidad dentro de lo que le da su unidad con las demás formas en que se manifiesta la lectura. Así tal aspecto adquiere una más profunda legibilidad. Esto no quiere decir que cada vez que se haga una indagación sobre cualquier aspecto particular se tenga que recurrir al conocimiento de lo genérico, de la unidad. Ello debe estar actuando ya como un supuesto, cuya función es darle ubicación precisa a tal manifestación específica de la práctica de la lectura dentro de la dimensión genérica, para que no se manifieste en el vacío aislada, sino como producto de una dinámica relacional que brinda un conocimiento más depurado y más amplio de la práctica de la lectura. De ahí que este texto se dirija a bosquejar ese marco genérico de la práctica de la lectura.

\* Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas (CUIB), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Torre II de Humanidades, Circuito Interior, Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F. México. Correo electrónico: logos\_y\_cosmos@yahoo.com.mx

El lector, entregado al discurrir del discurso que atesora el texto, lleva a cabo la comprensión de su contenido. Por lo que el libro abre sus arcanos y le entrega su contenido y la única condición que exige a cambio es que el lector tenga la competencia necesaria para descodificar el texto, es decir, que esté alfabetizado, esa es la llave que abre la clave que conduce directamente a la comprensión. En cuanto tal, el lector se convierte en receptor de todo aquello que el autor vertió en su texto. La comprensión emerge de entre los pliegues del texto y se entrega a un lector que se encuentra atento a la dádiva que se le ofrece. Por lo que la voz directiva es la del autor que ha sido plasmada en el texto y que es recibida, digerida, por un lector atento y disciplinado. De esta forma la práctica de la lectura da la impresión de ser un acto nítido y donde todo está en su lugar: hay un texto con un contenido y que se revela, se ofrece, a un lector alfabetizado para que lo comprenda. Y es algo que cualquier lector lleva a cabo en cualquier latitud del orbe, en cualquier momento y no sólo ahora sino que esto ha sido desde que se instauró la cultura escrita, y así seguirá siendo mientras persista ese tipo de cultura. Por lo que no hay nada que agregar, ni cuestionar. Así, tal concepción de la lectura ratifica la percepción inmediata que tiene el lector promedio o de todo aquel que observa de cerca o de lejos tan peculiar actividad. Con lo que queda sellada la visión idílica, romántica, de la lectura. Incluso semejante visión fue legitimada y canonizada por los prestigios de una ciencia: la lingüística.

Esta concepción de la comprensión de la lectura quedó estatuida por los rigores lógicos de la lingüística, para los que todo aquello que queda fuera de la organicidad interna del texto no cuenta. Aunque, si bien es cierto que esta postura radical se ha moderado con aportes innovadores y nuevas tendencias en la lingüística, en su momento de auge, en la década del sesenta, era ley sólo abocarse a la estructura interna del texto. Por lo que en el acto de la lectura el texto se convertía en el agente plenipotenciario y activo en el proceso de comprensión, mientras que el lector era una *tabula rasa* donde se dibujaba tal comprensión. En la medida que llegaba el bajamar del estructuralismo, portaestandarte teórico de la lingüística en ese momento, queda-

ban en evidencia las limitaciones de tal concepción de la lectura: el que se pudiera descodificar un texto por gracia de la alfabetización no implicaba necesariamente que se comprendiera el contenido de un texto. De hecho, quedó claro que la competencia alfabetizadora no era un pasaporte confiable, seguro para penetrar en zonas más profundas del texto, donde se expresa mejor la comprensión: sólo se descodifica el espejo de la superficie del lago, lo que hay en el fondo es más vasto. Por lo que tal noción de la comprensión queda cuestionada y plantea la disyuntiva ¿y ahora qué? La cuestión se tornaba más ardua, adquiriendo visos de una complejidad vertiginosa que obligaba a abrir la mirada. El problema de la comprensión ya no podía sólo focalizarse en el texto como agente determinante y activo, el lector tenía también que decir algo al respecto, poner algo de su parte.

Los tiempos habían cambiado. Se debía entender de mejor forma la comprensión, lo que conllevaba a pendular hacia el otro extremo, evitando los excesos de la lingüística. Ahora se presentaba como obvio que el lector tenía también un papel activo en la práctica de la lectura. La cuestión quedó planteada así: ¿qué es lo que aporta el lector al proceso de lectura para lograr la comprensión del texto? Sólo puede aportar lo único que tiene: sus conocimientos y la experiencia vivencial acumulada en la vida, hasta el momento en que lee cada libro.

Un texto es una matriz informativa de conocimientos y vivencias del autor, el cual se encuentra estructurado a partir de una coherencia, de una organización lógica del discurso y en su despliegue se ofrece a la lectura. Esto es lo que cualquier texto, sea en el soporte que sea, aporta; pero *es sólo una parte*, la que es complementada por el lector con lo que él a su vez aporta para llevar a cabo la comprensión. Conforme el lector recorre las palabras, las frases, los párrafos, las ideas impresas en el texto, inmediatamente se disparan los conocimientos y vivencias del lector que son proyectadas en la lectura que en cada momento lleva a cabo. Durante el proceso de lectura, por consiguiente, se relacionan la información que el autor presenta con la almacenada en la mente del lector. La información nueva que recibe el lector con cada libro leído (o cualquier otro soporte) se relaciona,

se complementa, con la información antigua acumulada en el lector y esto es lo que genera la comprensión. De ahí que, desde esta perspectiva, deba decirse que la comprensión es el resultado de la *interacción del lector con el texto*; de hecho esta perspectiva tiene nombre: psicolingüística. Veamos con cierto detenimiento lo que el enfoque psicolingüístico especifica.

Cada individuo conforme avanza en la vida, en *su* vida, acumula conocimientos y vivencias según sean las experiencias a las que hace frente día a día. Tales conocimientos y vivencias se articulan en un *esquema mental*. Jean Piaget, gran teórico de esta clase de organización mental, que él denominó esquema de asimilación, señaló que a lo largo de la existencia asimilamos una serie de experiencias que se aglutinan en un esquema cognitivo donde encuentran un equilibrio que nos da estabilidad para seguir el decurso de nuestros días. Pero nuevas y distintas experiencias generan un desequilibrio en el esquema, hasta que éste absorbe, procesa e integra las nuevas experiencias que lo enriquecen para propiciar una vez más el equilibrio. Y nuevamente el ciclo sigue adelante: esquema = equilibrio – experiencias – desequilibrio – equilibrio...

Esta organicidad cognitiva en forma de esquema actúa en todos los órdenes y actividades de los individuos, por lo tanto es lo que proyecta el lector sobre cada texto leído. Así, por ejemplo, con cada libro que se lee se recibe una información nueva que pasa a integrarse al esquema mental, a su vez esa nueva información adquiere legibilidad al ser procesada y complementada por la información previamente contenida en el esquema, lo que da lugar a la comprensión. Pero si ese esquema no tiene los elementos adecuados de conocimiento y vivencias para acceder al texto leído en ese momento se tornará ilegible; texto que sólo se podrá comprender cuando se hayan acumulado en el esquema los elementos apropiados para comprender el contenido de ese texto en particular. Todo esto explica por qué no se lee de forma igual un texto por personas diferentes, así como tampoco en momentos distintos de sus vidas.

La inconmensurable novela de Cervantes *Don Quijote de la Mancha* se ha erigido en el canon central de la

literatura en lengua española, por lo que se considera que es la obra que ha de ser leída (necesariamente) por todo hispanohablante. Incluso mientras sea a más temprana edad mejor. Pero resulta que no todas las personas tienen en su esquema mental los conocimientos y vivencias adecuados para comprender semejante novela. Indudablemente, sin tener los elementos apropiados en el esquema y con sólo estar alfabetizado, se puede descodificar (saber de qué se trata la trama) del *Quijote*, pero eso no entraña que se le pueda entender o, más exactamente, comprender. Por esta razón, este es el tipo de obras al que se llega a su mejor (plena) comprensión después de una ardua andadura por la vida, una vez que conocimientos y vivencias de rica y diversa índole han enriquecido nuestro esquema. Incluso, aún y con contar con el bagaje vivencial y cognoscitivo para comprender la novela de Cervantes, tal obra se lee de forma diferente y más plena con cada relectura, bien sea porque el paso de la vida ha suministrado más conocimientos y vivencias a nuestro esquema, mismo que proyectamos en esas sucesivas relecturas.

De ahí nuestro asombro cuando descubrimos, cuando apreciamos, nuevos elementos en cada nueva lectura de una obra ya antes leída varias veces. ¿Cómo es que no vi antes esto?, ¿cómo es que no disfruté antes con esta intensidad esa novela? Son las interrogantes que surgen de nuestro asombro ante un texto ya conocido, ya múltiples veces visitado. En cada etapa distinta de la vida se lee de forma diferente una obra porque el tiempo, preñado de conocimientos y vivencias, cambia nuestro esquema mental y, por tanto, la manera en cómo complementamos lo que nos ofrece cada texto. Cada nueva lectura imprime sus propias huellas en las arenas de la comprensión.

A esto hay que añadir que cuando el esquema mental del lector interactúa con el texto, esto se realiza de una manera peculiar, siguiendo senderos que se bifurcan. La dimensión correspondiente a los conocimientos, sobre todo de carácter intelectual-cultural, acumulados en el esquema nos permiten comprender principalmente la esfera discursivo lógica del texto, mientras que la parte vivencial del esquema recalca en el sustrato profundo, implícito del texto. Esa zona de lo

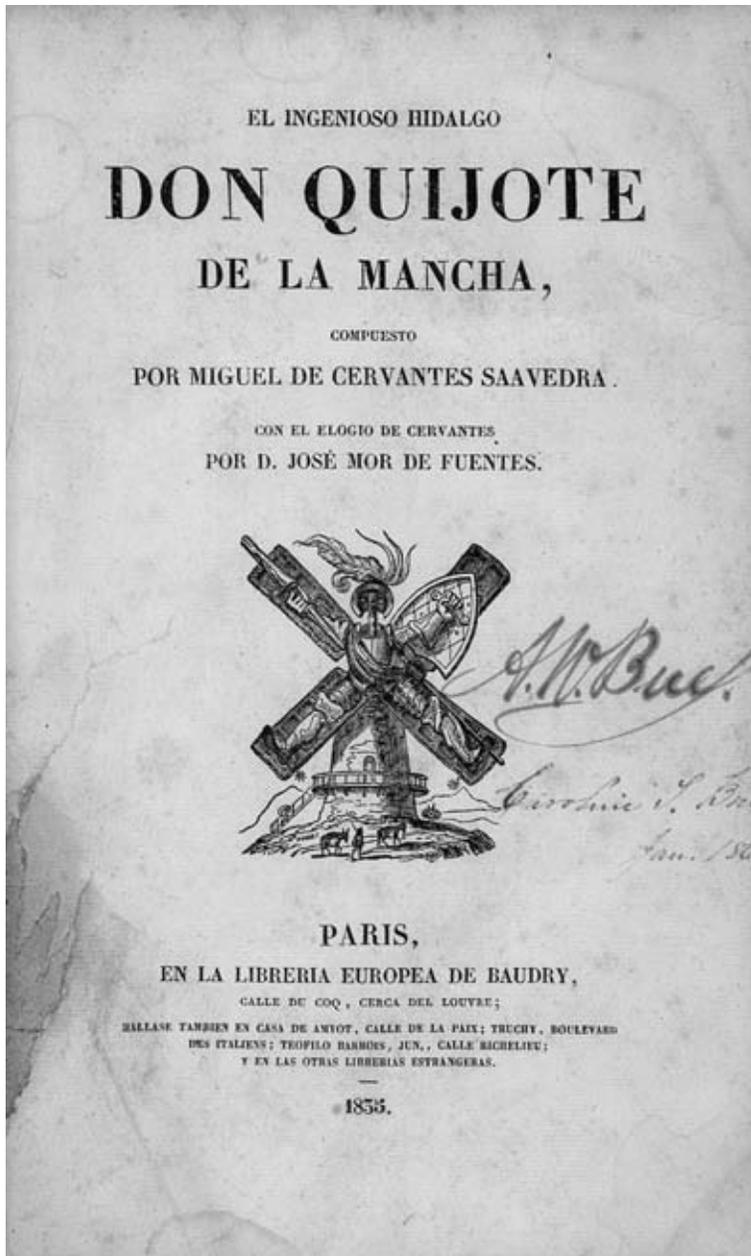
no dicho pero que está claramente ahí, porque es esa parte de la vivencia del autor que incluso escapa a él mismo para vertirse y rumorear a lo largo del texto que escribió. De esta forma se da la comprensión de manera plena incidiendo tanto en los aspectos explícito e implícito del texto. Leer un texto, por consiguiente, significa comprenderlo y con ello implícitamente vivirlo, esto es, sentirlo, disfrutarlo, imaginarlo... .

El recorrido que nos ha conducido hasta este punto pone en evidencia la extrema complejidad que configura a esta peculiar práctica que es la lectura. Lo que por un lado rompe con la idílica concepción lingüística de la lectura, pero por otro lado deja abierta una sima, y en cuanto tal es un abismo que produce vértigo ante todo lo que aún siquiera falta por vislumbrar de la complejidad de semejante práctica. Vértigo que nos anonada cuando abrimos todavía más la mirada para hacernos mayormente legible la lectura, puesto que ello nos conduce a un ámbito más vasto, el social, donde la esfera cerrada, intimista, de la interacción del lector y el texto hace eclosión: para dar de bruces en el territorio del poder, que circula entre los pliegues de la sociedad. Y ya que seguimos esta senda debemos tener claro que no hay vuelta atrás. Para lograr tener una visión de la *unitas multiplex* de la práctica de la lectura es menester recorrer la mayor extensión de etapas que nos permitan acceder a esa multiplicidad desde la que puede comprenderse la unidad de la lectura.

La actitud socialmente más aceptada como normal para leer un texto es de manera individual (solitaria y en silencio, que implica aislamiento respecto al entorno social), lo cual no siempre fue así puesto que hubo un tiempo en que se leía comúnmente de manera colectiva y en voz alta; en realidad puede subrayarse que toda forma de lectura de una u otra forma es una práctica social, lo que conlleva por necesidad la manifestación del poder. El trayecto que ahora iniciamos tiene nombre: enfoque sociocultural.

Diré algo que parece de Perogrullo pero que tiene hondas repercusiones cuando se le reflexiona con detenimiento: todo texto se da en un con-texto. Lo que significa que ningún texto en cuanto tal puede ser escrito y





leído fuera del contexto en que le dio nacimiento. A lo que se puede argumentar que, entonces, cómo es que se ha seguido y se sigue leyendo en la actualidad, por ejemplo, el ya mencionado *Don Quijote de la Mancha*, lo que significa leerlo en un contexto totalmente distinto al de la España del siglo XVI en que lo escribió Cervantes. Incluso, como postulaba Jorge Luis Borges en su cuento "Pierre Menard autor del Quijote" puede volver a ser reescrita la inmortal novela en el mundo contemporáneo. La afirmación de la contextualidad de la

lectura y escritura de un texto ha de entenderse como el hecho de que una obra es escrita en un contexto histórico específico como producto del entramado de fuerzas, movimientos y tensiones sociales propias de tal contexto. Lo que a su vez genera los códigos sociales *ad hoc* que posibilitan su lectura. Lo que le da su *legibilidad contextual*. Cuando una obra es leída fuera del contexto que le dio nacimiento y significación, se transfigura en otra obra aún siendo la misma, de ahí que pueda ser reescrita por otro delirante autor como Pierre Menard y creer éste que su versión, idéntica absolutamente al original, es mejor. Y que pueda ser leída de manera completamente distinta a como se leyó en el siglo XVI. Así, al ubicarnos en la esfera sociocultural nos colocamos de paso en ese punto en que el problema de la comprensión de la lectura comienza a transfigurarse en la comprensión como develadora del poder (y a su vez el poder de la comprensión).

El filósofo francés Michel Foucault, en una de sus más lúcidas reflexiones, desarrollada en su texto *¿Qué es un autor?*, postuló la desaparición de esa figura señera de la modernidad occidental: el autor. Lo que era un atentado, una herejía contra una de las más firmes instituciones constitutivas de Occidente: la individualidad, la subjetividad, la creatividad personalizada e identificable con nombre y apellido propios. Como tal, la figura del autor no es más que la construcción de las fuerzas y movimientos sociales o, como el propio Foucault precisó, de los discursos producidos por la sociedad. Son los discursos que emite la sociedad los que en un momento histórico, identificado como la modernidad, generan la necesidad de crear la *función autor*. Pero llegada a su apogeo esa construcción subjetiva que es la función autor se olvidó su origen social histórico, sólo se resaltó y exaltó al solitario individuo creador. En ese olvido se dejó de ver y comprender que el autor es una entidad social, a través de la cual se deja escuchar la sinfonía de voces e instituciones de una colectividad particular en un tiempo y lugar concretos.

Es conjeturable que si el autor que escribe un texto es una función social, lo cual queda plasmado de una u otra forma en su escritura, entonces el lector que lee un texto es análogamente una construcción social,

lo cual requiere una explicación específica. Aquí es donde retomamos el tema de los esquemas mentales, ellos son el punto de intersección entre lo individual y lo social, entre la comprensión y el poder.

Los esquemas se configuran a lo largo de la existencia de los individuos, pero las experiencias y conocimientos en ellos contenidos sólo pueden realizarse en relación con los demás individuos. En la medida en que los humanos somos seres sociales, nuestras experiencias son el resultado de la convivencia con los otros (y de esa convivencia también con esos otros que son los libros o, más exactamente, sus autores) de donde extraemos nuestros conocimientos. Aunque los esquemas mentales son configurados socialmente, toman más una orientación individual a partir de la manera en que cada individuo vive su experiencia colectiva de modo personal. De lo que resulta que los esquemas mentales que los lectores proyectan sobre los textos son un producto social, por lo que su lectura en sentido profundo es un acontecimiento social. La colectividad lee a través de los ojos de cada lector un texto construido socialmente por un autor colectivo, aunque firme la obra con nombre y apellido propios, aunque sean los ojos de un lector con nombre propio los que comprendan y vivan lo que leen.

Ahora demos ese paso último que nos conduce a las fronteras del poder. Los esquemas mentales que proyectamos sobre el texto para comprenderlo y extraer un significado son producto de la convivencia social, lo que implica que han sido producidos por los valores y representaciones culturales que predominan en cada contexto histórico social particular. A su vez, esos valores y representaciones son construcciones discursivas. Pero los discursos que la sociedad produce y consume a lo largo y ancho de su estructura organizativa no son neutros ni mucho menos desinteresados. Todo discurso asume y reproduce la visión del mundo, del lugar y el tiempo del grupo que lo produce. En suma el discurso es poder.

Volviendo nuevamente a Foucault, él lo especificó con contundencia: *el orden del discurso es un orden de poder*. Este gran filósofo galo lo dejó bien claro: toda relación entre los individuos está mediada por el poder;

las relaciones sociales son relaciones de poder. Cuando una persona entra en contacto con otra automáticamente se dispara la necesidad de poner sus acciones, su conducta, bajo su servicio dirigiéndolas hacia donde esa persona lo desea. Pero esa tendencia es multidireccional, se da fluidamente en ambos sentidos: aquél cuya conducta se pretende dirigir se convierte al mismo tiempo en dirigente de la conducta del que pretende dirigirlo; la dinámica de semejante relación se encuentra tensionada por el poder. Obviamente, dentro del orden del discurso como poder se encuentra circunscrita la lectura, como lo expresó con lucidez Roger Chartier en su libro *El orden de los libros*:

El libro apunta siempre a instaurar un orden, sea el de su desciframiento, en el cual debe ser comprendido, sea el orden deseado por la autoridad que lo ha mandado ejecutar o que lo ha permitido. No obstante, este orden, en sus múltiples figuras, no es omnipotente para anular la libertad de los lectores. Aún cercenada por las competencias y las convenciones, esta libertad sabe cómo tomar atajos y reformular las significaciones que deberían reducirla. Esta dialéctica entre la coerción y la apropiación, entre las imposiciones transgredidas y las libertades refrenadas, no es la misma en todas partes, siempre y para todos. Reconocer sus diversas modalidades, sus variaciones múltiples, constituye el objeto primero de un proyecto de historia de la lectura que se compromete a captar en sus diferencias las comunidades de lectores y su arte de leer.<sup>2</sup>

Las palabras supracitadas de Chartier pueden explicarse como que la lectura es un escenario privilegiado donde se entabla la contienda entre los poderes que tensionan la diversidad de discursos sociales. El lector ha conformado un esquema mental a partir de ciertos valores y representaciones culturales, lo que implica que está condicionado por un tipo específico de discurso de poder. De manera semejante acontece con el autor, el cual ha plasmado en el texto el discurso de poder que modula y modela su esquema mental.

<sup>2</sup> Chartier, Roger. *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. España: Gedisa, 1994, p. 20.



que detrás de la mano (sana) de Cervantes, que empuñaba la pluma para dar vida a los personajes y al mundo que los rodea, estaba la sociedad española en su conjunto tensionada por las fuerzas del poder características de ese momento del siglo xvi. Y que de forma particular, personal, fueron asumidos y transfigurados esos discursos de poder por Cervantes. Poder que sufre mutaciones cuando cada sociedad posterior edita esta novela. Puesto que, como ha explicado Chartier, en los procesos de edición que las distintas sociedades en la historia realizan de una obra imbrican su propio entramado de poder. Cada sociedad que ha editado la novela de Cervantes lo ha hecho contando con su autóctona organización de poder, por vía de los mismos procesos de edición. A su vez, las múltiples generaciones que han leído la novela desde el momento en que se escribió hasta nuestros días han proyectado en su lectura los discursos de poder que dieron forma a su esquema mental a lo largo de sus vidas personales.

Puede agregarse, como suscribiría Chartier, que las directrices editoriales que determinan la edición de un texto está determinada por el discurso de poder que signa el esquema mental de los editores. Con lo que resulta que comprender desde esta dimensión un texto implica acceder a los mecanismos sociales del poder que se entretajan en el discurso con que el autor lo ha escrito. Pero en el esquema mental que proyectamos para leer o complementar ese texto murmuramos los rejugos del poder que nos han conformado como personas sociales. Poder que incluso rodea de manera inmediata a todo aquello que se relaciona con el universo de la lectura. Que a su vez está inmerso en la dinámica del poder que entona la sociedad en su conjunto. Leer, por consiguiente, no es una práctica neutra, ni mucho menos inocente. Llevada hasta su extremo la lectura nos conduce hacia aquello que está detrás, más allá de las líneas de un texto.

Retomando el ejemplo de *Don Quijote de la Mancha*, leído desde esta perspectiva, nos permite comprender

Llevar a cabo de esta manera la práctica de la lectura nos permite ir desde nuestro ámbito personal hacia el mundo del texto para luego recalcar en el espacio social, lo cual es sendero idóneo para retornar al ámbito personal. Con lo que queda sellado el círculo virtuoso de la práctica de la lectura signado por la comprensión y el poder. Asimismo, saber que comprender un texto implica adentrarnos en los territorios del poder contribuye a que comprendamos mejor el mundo que nos tocó en suerte, así como también a nosotros mismos, a lo que somos en lo más profundo de nuestro ser. Finalmente comprender todo esto de ninguna forma implica que se tenga que perder el gozo, la inmensa felicidad que nos procura leer *Don Quijote de la Mancha*, muy por el contrario, es un valor añadido que potencia la plenitud que nos brinda la lectura de ese milagro literario que es la novela de Miguel de Cervantes o la obra de cualquier otro gran autor. 